

# El compromiso académico ante el Mal

FERNANDO ÁNGEL MORENO

Universidad Complutense de Madrid

A mi maestro: Francisco Javier Fernández Vallina

Como agentes morales debemos intentar ver con justicia, superar los prejuicios, evitar tentaciones, controlar y encauzar la imaginación para encauzar la reflexión.

Iris Murdoch, 1971, p. 130.

Cuando me he encontrado ante un caso flagrante de incumplimiento de normativa por desprecio y abusos de poder hacia un estudiante, paso siempre por un momento muy duro que considero el principal problema de mi trabajo como vicedecano de estudiantes: el momento en que considero que hay pruebas y testigos suficientes para enviar a un profesor a Inspección de Servicios, pero, bien porque los estudiantes se niegan, bien porque ciertos compañeros de manera endogámica deforman información o simplemente callan, no consigo suficiente apoyo del entorno para que se le investigue.

No que se le sancione.

Que simplemente se le investigue.

¿Por qué se niegan los estudiantes? Por lo general alegan miedo a las represalias, pero estoy convencido de que la respuesta es mucho más complicada. Si bien se les asegura el anonimato, que serán evaluados por otro profesor, que cualquier posible y extraña consecuencia será controlada...

¿No me creen? En realidad, pienso que escogen no creerme. Intuyo que se debe a su educación panóptica (familiar, escolar, por amigos...) y a la consideración de su papel en la estructura lo que les empuja a no creerme.

¿Y los profesores?

Lo mismo.

¿Por una consideración de honor, de deuda, de lealtad a unos principios inamovibles de no atacar a otro, pese a las faltas morales de ese Otro?

Lo dudo. Suelo intuir más un aprendizaje de castigo, de acoso del Otro, desarrollado durante la infancia y la adolescencia, de que la salida de la cotidianidad, del anonimato, crea problemas traumáticos y, por tanto, debe evitarse<sup>1</sup>.

Sí, hay más excusas: «Lo mismo mañana viene por mí», «Debemos protegernos entre compañeros», «Si se entera y luego no es verdad»... Dan igual las garantías legales de protección que se les den y la cantidad de pruebas que haya. Es una cuestión de educación cultural (Sapolsky, 2017: 649-77).

Es cobardía, en el fondo, engarzada en el deseo de que el universo sea inamovible, de que su pequeña cotidianidad e ilusión de orden no se vea alterada.

Hace unos meses tuve que tratar el ensañamiento de una profesora racista contra una estudiante traumatizada y de cuyas duras circunstancias personales había informado yo mismo a la profesora unos pocos días antes, sin entrar en detalles. He recibido algunos apoyos, especialmente de compañeros con autoridad, pero otros –quienes más podían influir– se han desentendido pese a que llevamos años con las mismas historias sobre esta profesora.

¿Los estudiantes? Miedo a ella, me dicen. No han querido apoyar la denuncia, pese a haber sido testigos directos.

Fer, vale ya, me diréis, estamos hablando del MAL. Así... Con mayúsculas. Tus vendettas aquí... Oye...

Y yo os diré: «Leí un libro de una filósofa mexicana, María Pía Lara, donde se hablaba de lo coyuntural del Mal y del grave problema del deducir juicios determinantes, generalistas, universales para tratar el problema del Mal que establezcan categorías excluyentes entre agentes y acciones».

Traduzco: el Mal está en lo pequeño y en lo grande. Jamás adquiere la misma forma en distintos casos ni puede rastrearse siempre con las mismas relaciones causa-efecto, ni depende solo de la cantidad de víctimas arrastradas por él ni del nivel de sufrimiento ni podemos definirlo solo a partir de sus grandes representaciones<sup>2</sup>. El Mal es al mismo tiempo independiente de su

<sup>1</sup> La importancia de este «colaboracionismo» con actos «malvados» por omisión de acción se encuentra bien descrita en el libro de la psicóloga Martha Stout (2005: 117-23). Sus causas y desarrollos han disfrutado de diversos estudios de campo muy bien explicados en el libro del antropólogo Robert Sapolsky (2017).

<sup>2</sup> La discusión sobre el efecto de sufrimiento causado para poder definir el Mal, o establecer niveles de maldad, o para hablar de atenuantes respecto a la responsabilidad, es un tema tanto filosófico como social. Entre todos los estudios filosóficos,

casuística<sup>3</sup> y dependiente por completo. Por todo ello, propongo dos principios de trabajo a partir de mis estudios sobre el Mal:

- Si un sufrimiento es creado por una acción consciente, el Mal existe ahí, sea cual sea la magnitud de su alcance, pues como explica Carrasco-Conde: «El mal debe ser indicado y denunciado [...] en su singularidad. [...] Cada vida que sufre y cada ser humano que hace sufrir son únicos y singulares» (2021: 160)<sup>4</sup>. Si tres niños, mediante un reiterado *bullying* de meses, provocan que otro niño acuda al colegio aterrado, ahí está actuando el Mal. Y puede ser un Mal terrible,

---

considero que el que mejor argumenta y plantea diferentes posibilidades es el de Ana Carrasco-Conde (2021), una monografía imprescindible respecto a la relación entre historia de la filosofía y Mal. Para otro recorrido por la filosofía sobre el Mal, muy vinculado con la idea de Dios y el concepto de «libertad», disponemos del clásico de Safranski (1997). Otros trabajos también consideran la actitud ante el sufrimiento de la víctima como una vía para la detección de una acción malvada. Mi favorito quizás sea el de María Pía Lara (2009), del que hablaré mucho, por las relaciones que establece entre sufrimiento personal y responsabilidad social-institucional. También me parecen muy relevantes ciertos libros que ahondan en la concienciación sobre el sufrimiento y la evitabilidad del mismo. Entre todos ellos, creo que deben destacarse el de Susan Sontag sobre numerosos ejemplos históricos de genocidios (2003) y el de Sebald (1999) sobre los bombardeos británicos a ciudades alemanas en la década de los años cuarenta del siglo xx. Si se tiene ánimo y estómago para ahondar en las atrocidades que es capaz de realizar un ser humano, individualmente o en masa, personal o institucionalmente, deben leerse estos libros de Sebald (1999) y Ana Carrasco-Conde (2021), pero especialmente el durísimo de Susan Sontag (2003) o el de Claudia Koonz (2003). Por desgracia, este tipo de documentos abundan y participan en una macabra competencia acerca de cuál resulta más duro de leer y de interiorizar hechos que han ocurrido (y ocurren) realmente, como los de *Una mujer de Berlín* (Anónimo, 1945) o *La guerra no tiene rostro de mujer* (Aleksiévich, 1985).

<sup>3</sup> Esta sentencia necesita muchos matices. Podría alegarse que incluso en el caso del pecado original existe una dependencia de una casuística, pero ciertas maneras teológicas de entender el Mal como algo inherente al ser humano llevan a una consideración práctica de que el Mal no depende de cuestiones sociales (Ricoeur, 2005, donde no se hace una sola referencia a cuestiones biológicas o de causalidad social), gran peligro que denuncia insistentemente Terry Eagleton (2010). Al mismo tiempo, lo genético implica cierta independencia de la responsabilidad moral, pero como indica Sapolsky son muy, muy raras las ocasiones en que lo genético es la única explicación de una acción moral (2017: 335-96).

<sup>4</sup> «Obrar mal es siempre dañar a otro directa o indirectamente y, por consiguiente, hacerlo sufrir» (Ricoeur, 2004: 26).

trágico, que lleve a traumas duraderos e incluso al suicidio. Para ese individuo, el sufrimiento, la tragedia es todo el universo, equiparable a muchos otros sufrimientos que puedan parecer mayores. Sin embargo, es un tipo de Mal que muchísimos profesores y padres han frivolidado y aún frivolidan en demasiados casos, por tratarse de «un mal tan pequeñito...».

- No existe un tipo de circunstancia, extrapolable a todos los casos, que identifique siempre la dimensión del Mal. Por consiguiente, tomar modelos como paradigmáticos implica a menudo restar importancia a otros casos donde el Mal también está desarrollándose.

Es decir, cuando tienes a Hitler, a Satán, a Stalin, Lex Luthor, al Joker como referentes de lo que es el Mal, se convierten en medida de ponderación, una medida de imposible comparación. Con esos referentes, el mal cotidiano de unas palabras gruesas y una voz demasiado alta, de unos progenitores que desprecian día y noche a sus hijos, no es comparable con el asesinato de millones de personas. ¡Por supuesto que no! Cuando, como yo durante los últimos dos años, lees sobre bebés torturados, mujeres violadas múltiples veces y luego asesinadas, torturas de inimaginable sufrimiento a individuos inocentes (o culpables)... el mal de nuestro día a día parece disculpable; más aún: ignorable.

Pero, sin duda, no lo es. Sin embargo, el problema de la comparación es que no estamos luchando hoy, aquí, ahora, España, 2023, Universidad Complutense de Madrid, por evitar una violación en masa a menos de un kilómetro de distancia. Nuestros encuentros con el Mal no van a ser por contacto directo con genocidios o con torturas físicas sistemáticas. Si esos tremendos, injustificables, inimaginables males son la medida de todo, el Mal de nuestro día a día desaparece. Se vuelve nimio, perdonable, justificable incluso. O podemos incluso afirmar que no existe.

No obstante, el Mal actúa día a día en nuestro entorno y provoca el sufrimiento de cientos de miles de personas cada minuto, con consecuencias que van desde pequeñas crisis de ansiedad hasta graves depresiones y suicidios.

El que comete la falta ética se dice: «Bueno, sí, he cedido a esto, pero yo no soy Hitler, no soy un violador, no soy un torturador, lo mío es más normal».

No obstante, el Mal es algo que, como explica Lara, se reafirma y se reconstruye día a día, circunstancia a circunstancia. En resumen, cuando hay alguien que sufre por un acto consciente humano, el Mal existe (Lara, 2009: 103-4). Una estudiante que llora por el desprecio constante de una profe-

sora que disfruta desahogando con los alumnos su necesidad de ego está cada día, cada mes, cada año sufriendo el Mal. Todos los que encubren e incluso apoyan al perpetrador son cómplices del sufrimiento de una persona y, por consiguiente, están realizando por inacción un acto malvado<sup>5</sup>.

Insisto: cuando hay alguien que sufre por un acto consciente humano evitable, el Mal existe.

Quizás podríamos decir que el Mal es *aquella acción consciente evitable que provoca un sufrimiento innecesario*. O, yendo más allá, incluso puede existir en el mismo contexto en que existe el Bien: una acción puede crear el Mal y el Bien al mismo tiempo, por lo que podríamos eliminar la palabra: «innecesario». Que un mal sea necesario para un Bien mayor no significa que no se esté desarrollando el Mal.

No pretendía aportar tan rápido una definición sobre el Mal y, de hecho, nada de lo explicado sirve en el fondo como tal, dada la gran cantidad de matices que podrían hacerse. Cuando lees a grandes nombres que han escrito sobre el Mal, ratificas esa intuición de que es enormemente difícil de definir<sup>6</sup>. No obstante, parece que existe cierto acuerdo respecto a la importancia del Mal consciente y evitable que se realiza con el fin de crear un sufrimiento que provoque una destrucción física y/o psíquica, que traumatice corporal y/o mentalmente (Lara 2009) y que vincula eternamente al perpetrador con la víctima (Carrasco-Conde, 2021: 161-78). Esa destrucción no siempre implica que existe el Mal humano (pues existe el sufrimiento debido al accidente provocado por el azar de un cataclismo natural). Y no siempre resulta fácil aplicar el término «evitable», en caso de que lo mantengamos, ni queda clara esa dimensión de inevitabilidad. No es una ley absoluta que lo inevitable de una decisión –que, por desgracia, crea un sufrimiento– exima de responsabilidad moral (Carrasco-Conde, 2021: 109-14)<sup>7</sup>. Como ya he dicho, generar un sufrimiento necesario por un Bien mayor no implica que no se esté cometiendo un Mal. En esos casos, el Mal y el Bien conviven en una misma acción. Por consiguiente, la moral puede volverse, como sabemos, tremendamente difusa<sup>8</sup>.

<sup>5</sup> Para un desarrollo de esta idea en cuanto a la violencia sistémica de las sociedades burguesas: Žižek, 2008.

<sup>6</sup> Para evitar aquí un aluvión de citas, sírvase el amable lector consultar la totalidad de la bibliografía.

<sup>7</sup> Para la responsabilidad moral desde la biología y la antropología, el libro imprescindible es en mi opinión el de Robert Sapolsky (2017, especialmente: 811-50).

<sup>8</sup> De hecho, la definición de Ricoeur –que entiendo que implica pretensiones absolutistas– crea un problema de relativismo: «El mal moral –el pecado, en el lenguaje

Por otra parte, quiero citar dos estudios que referencian análisis clínicos donde estas consideraciones quedan avaladas al mismo tiempo que crean grandes dudas. El primero es el de Martha Stout –experta en psicología de la Universidad de Oxford–, quien defiende que existe una considerable cantidad de población que solo obtiene placer psicológico interrelacional cuando comete actos de sadismo, es decir, que su única manera de obtener placer en el trato con otras personas es mediante un acto de humillación sobre ellas. Es incurable y a menudo difícil de evitar. No obstante, se acentúa mediante condiciones socio-culturales rastreables: las sociedades más narcisistas<sup>9</sup>, como la estadounidense –aproximadamente un 4% de su población–, crean unas condiciones más favorables para el desarrollo sociopático de estos individuos, mientras que sociedades más colectivistas como la taiwanesa tienden a desactivarlos –entre un 0,04 y un 0,014% de su población (Stout, 2005: 140 y 150)–. Nos encontraríamos así ante un ejemplo extremo de maldad, por cuanto que, una vez activado hacia dicha maldad, el individuo no solo es consciente de que provoca un sufrimiento y una destrucción de un ser humano (a diferentes niveles), sino que lo hace solo por obtener placer de ese sufrimiento y de esa destrucción.

El otro caso es el del antropólogo Robert Sapolsky, quien, a lo largo de su extensísimo y premiado libro, demuestra cómo ciertos condicionantes físicos (como una amígdala atrofiada; Sapolsky, 2017, p. 68) y culturales (como la formación en un ambiente traumático) provocan la aparición de acciones sádicas.

Ahora bien, ambos investigadores insisten en la inevitabilidad de las acciones de estos individuos una vez que han sido «programados» física y socialmente para ser «malvados». ¿Pueden estos individuos ser de otro modo? Según estos estudiosos, a partir de cierto momento, no. La literatura, el teatro, el cine, la música están repletos de desarrollos de esta problemática, como los casos paradigmáticos de las novelas de Dostoyevski, el teatro de Sófocles o la saga de *El padrino* de Coppola. Nos encontramos evidentemente con el eterno problema del libre albedrío y el determinismo, pero no cabe duda de que en estos individuos hay un desprecio de la empatía y un conocimiento consciente de que el único «beneficio» de sus acciones es para ellos mis-

---

religioso– designa aquello por lo que la acción humana es objeto de imputación, acusación y reprobación» (2004: 24).

<sup>9</sup> «En la combinación de narcisismo con desvalimiento [...] es donde el ‘mal radical’ tiene su comienzo, y lo tiene en forma de una tendencia a subordinar a otras personas a las necesidades propias» (Nussbaum, 2013: 210).

mos, como en el *American Psycho*, de Ellis, o *El dragón rojo*, de Harris, con todo el cine sobre psicópatas que traerían. ¿Inevitabilidad? Quizás sí, quizás no. ¿Gratuidad? Podríamos decir que sí, en la consideración convencional de que el placer de un individuo no debería prevalecer sobre el sufrimiento de otro<sup>10</sup>. Por otra parte, el caso del sociópata es extremo. ¿Qué ocurre con las acciones realizadas por individuos que se comportan a veces «bien», a veces «mal», que caen en errores egoístas, en debilidades, en adicciones, que un día de vez en cuando disfrutan con una humillación sobre alguien? No solo todo el teatro de Shakespeare, sino la novela burguesa decimonónica –española, francesa, inglesa...– representa una insistencia machacona sobre estos «pequeños» males.

La etiquetación del individuo malvado disfruta, en demasiados casos, de una concretización difícil y por eso es una materia narrativa tan fructífera. Ahora bien, cada vez me parece más claro lo que es una acción malvada, esté o no justificada por un bien mayor: aquella acción humana que provoca un sufrimiento.

Sin embargo, lea lo que lea, me horrorice lo que me horrorice, encuentro siempre referencias a un mal que se percibe como secundario y que, en mi opinión, forma parte de la esencia misma del Mal: el colaboracionista, tanto activo (quien obstaculiza conscientemente las gestiones para acabar con el Mal) como pasivo (quien solo mira a otro lado cuando su intervención es necesaria). La cantidad de autores que ponen el punto de mira en el colaboracionismo como una de las formas más problemáticas y censurables en la lucha contra el Mal es arrolladora<sup>11</sup>. Los colaboracionistas son también responsables de la existencia del Mal (Levi, 1958-89: 504-28; Arendt, 1964; Stout, 2005: 117-23; Sapolsky, 2017: 649-77; Žižek, 2007: 115-23; Lara, 2009: 67) y a menudo, como vemos en obras como *El rinoceronte*, de Ionesco, o *Dogville*, de Von Trier, son incluso el centro del Mal. Quien colabora, activa o pasivamente, está haciendo el Mal. Lo llevo más allá: a menudo quien realiza el Mal tiene razones disculpables para sus actos, mientras que también

<sup>10</sup> Autores como Sade negarían este principio. Jamás he entendido argumentación alguna con la que se intente justificar a Sade. Me parece un monstruo, como considero que demuestra Carrasco-Conde (2021: 86-100).

<sup>11</sup> «Tenemos que añadir dos tendencias que también parecen estar profundamente arraigadas en la naturaleza humana y que suponen una grave amenaza para la estabilidad de las instituciones democráticas: la tendencia a ceder ante la presión de nuestros iguales, aun a costa de la verdad, y la tendencia a obedecer a la autoridad, aun a costa de nuestro interés moral por los otros» (Nussbaum, 2013: 232).

demasiado a menudo quien mira hacia otro lado no tiene ninguna disculpa o la tiene enormemente laxa.

Existe cierto consenso entre muchos autores con que Hannah Arendt (1964) acertó de manera extraordinaria al proponer el concepto: «banalidad del Mal»<sup>12</sup>. Este término resulta muy ilustrativo para explicar al colaboracionista, a quien bajo una excusa falaz deforma sutil o casi imperceptiblemente la valoración del contexto –aunque consciente de que no es justo– para que una injusticia se produzca y un inocente sufra las consecuencias.

No diré que un Hitler nace en ti cuando decides no delatar a un compañero que ha incumplido sus obligaciones; sería una argumentación demagógica. Males totalitaristas como el nazismo o el estalinismo no dependen de la acción de una única persona. Es necesario que una sociedad se contagie poco a poco para que la injusticia esporádica, el Mal esporádico, se convierta en sistémico (Arendt, 1951). No obstante, son quienes transigen una y otra vez quienes a largo plazo crean los totalitarismos. Permitir el ascenso de una persona sin ética solidaria, mirar a otro lado cuando un individuo se ceba con otro más débil, renunciar a pronunciarse ante una difamación... son acciones que desbordan cuando una gran parte de una sociedad lo toma por costumbre, cuando no está mal vista la injusticia (Lara, 2009: 156). Cuando no está mal visto hacer algo poco ético. Cuando no está mal visto hacer el Mal.

Por consiguiente, el Mal puede ser visto como algo no dependiente de sus consecuencias<sup>13</sup>. Que haya un Mal más impactante y de consecuencias más inasumibles no quiere decir que no haya pequeños males de efectos indeseables que tengan perniciosos efectos sociales a largo plazo e individuales a inmediato plazo.

Es decir, a veces parece que la existencia de los grandes Males son el permiso para consentir males más cotidianos. Con esto no quiero decir que condenemos sin piedad alguna las pequeñas debilidades éticas, los errores morales que a menudo cometemos, sino que debemos estar alerta ante los males cotidianos rutinarios, que se convierten en sistémicos.

En este sentido, cuenta Robert Sapolsky que los estudios realizados hasta hoy demuestran que los individuos que viven en sociedades más corruptas,

---

<sup>12</sup> Para un análisis muy completo de la problemática del Mal en la obra de Hannah Arendt, disponemos del libro de Nuria Sánchez Madrid (2021). También me parece muy pertinente el uso que a lo largo de su monografía hace María Pía Lara de esta teoría de Hannah Arendt (2009).

<sup>13</sup> Los libros de Lara (2009) y de Carrasco-Conde (2021) en su conjunto son en sí mismos extensas reflexiones sobre este tema, interrelacionado con otros muchos.

donde el Mal se produce de manera cotidiana (países con mayores índices de corrupción y de falta de transparencia), son más proclives a acciones poco éticas (Sapolsky, 2017: 725). La relajación ética sistémica produce relajación individual, y cuando el individuo insiste una y otra vez en la relajación moral acaba influyendo en la relajación sistémica y viceversa. La acción malvada y sus colaboracionismos crecen.

El Mal es una enfermedad contagiosa; aún peor, es una adicción contagiosa.

Respecto a esto, denuncia Peter Sloterdijk que los intelectuales nos han fallado (1983: 40). Los intelectuales somos la primera línea defensiva, quienes analizamos las formas culturales y mostramos dónde se produce el problema. Como no tienen disculpa un sacerdote malvado o un psicólogo sádico o un médico sin misericordia, no tiene disculpa un profesor injusto o que acepta injusticias, especialmente si es de humanidades. Los profesores de humanidades no hacemos más que hablar en clase de situaciones en que alguien se comportó de manera malvada o de manera heroica en la historia, en la literatura, en el cine..., de que alguien fue un modelo o de que alguien causó grandes tristezas, especialmente si enseñas narrativa. Constantemente en nuestras clases denunciemos formas de hacer el mal, personajes malvados, tradiciones malvadas.

Por consiguiente, un profesor malvado que explica a Dostoyevski o a Pérez Galdós debería ser un oxímoron.

Por todo esto, un congreso sobre el Mal siempre es más que una mera excusa abstracta a partir de la cual abrir vías de investigación. Un congreso universitario sobre el Mal es una necesidad.

Una necesidad ontológica, una necesidad deontológica.

En mayo de 2022 celebramos en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid el *Malum Liberatum: Congreso sobre expresiones del mal en la cultura*, organizado por los propios estudiantes y un puñado de investigadores. Vimos cómo el tema del Mal va más allá de lo que se espera de cualquier congreso mediante el cual ahondar en las formas literarias y sus orígenes y consecuencias. Un congreso sobre el Mal se convierte automáticamente en un congreso sobre nuestra vida cotidiana y nuestro papel en la sociedad. Cuando hablamos del Mal, como he querido expresar en las páginas anteriores, hablamos simple y llanamente de la ética y, por consiguiente, equiparar el Mal solo con Satán, Stalin, Hitler, el Joker, Darth Vader, Voldemort y otros monstruos célebres, y dejar de lado la ética cotidiana, resulta una falacia casi inmoral. En un congreso sobre el Mal hablábamos de monstruos menores: nosotros.

Este hecho se hizo mucho más evidente en la reunión que disfrutamos estudiantes e investigadores para decidir el *call for papers*. Algunos entre los presentes insistieron en tratar el Mal como algo positivo, quizás con una confusión juvenil entre el Mal y la rebeldía, como si el Bien fuera la excusa social para imponer un orden y que todo aquello marcado como «malvado» fuera simplemente «revolucionario». Algunos compañeros vimos complicada esa asociación romántica del Mal con algo positivo. Una cosa es la fascinación que todos tenemos, especialmente en las últimas décadas, por los personajes malvados y otra muy diferente entender el Mal como algo positivo<sup>14</sup>.

El debate debía producirse, en efecto, y se produjo durante el congreso, pero me quedó esa incomodidad de la fascinación equivocada por el Mal.

Adoro los personajes malvados. Me interesan mucho y me interesan sus vinculaciones con el Bien y las capas de grises y la, a menudo, complejidad moral de sus acciones<sup>15</sup>. Sin embargo, me fascinan por eso: por mi necesidad de discernir en ellos lo bueno y lo malo, rastrear el origen de sus actitudes y entender mejor el mal para poder estar alerta y luchar contra él. Hace ya muchas décadas que dejé de identificarme con el malvado por una fascinación rebelde adolescente. He sufrido demasiado y he hecho sufrir demasiado. Vuelvo, por tanto, al tema del sufrimiento como sospecha de que el Mal se produce o de que no lo deseamos.

Aquel debate fue necesario en el congreso y ese debate es imprescindible en nuestra sociedad y, por supuesto, o incluso especialmente, en el mundo académico. Debemos dejar de darle la espalda o de retorizarlo con excusas estéticas.

La debilidad humana debe provocarnos simpatía para activar, como mi compañero F.J. Fernández Vallina me dijo una vez, aquello más precioso que el cristianismo aportó a la humanidad: el perdón. Lo escribe un ateo como yo. La debilidad, su comprensión y su erradicación deben despertar nuestra compasión y nuestra empatía para activar el perdón, pero solo en aquellos casos en que perdonar no implique aumentar la destrucción física o mental de nadie.

---

<sup>14</sup> Mi compañero Francisco Javier Fernández Vallina, cuya sabiduría jamás defenderé lo suficiente, envió incluso un inspirado y acertado escrito a la comisión de coordinación respecto a esta polémica con una más que justificada preocupación por el trato del Mal como algo positivo, escrito con el que estuve de acuerdo sin matiz alguno.

<sup>15</sup> En este sentido, el libro Martínez Biurrun y Pitillas (2021) sobre la relación entre el trauma y su expresión cinematográfica en el género del terror es una obra ineludible, una obra magnífica sobre el Mal y su plasmación estética.